

LA ESCRITURA CERCANA

Entre el trazo visible y un horizonte de sentido

Propuesta didáctica para talleres de escritura (en instituciones educativas y universidades) como
experiencia transformadora en la vida personal

VIVIANA RESTREPO OSORIO



Mg(c) Santiago Vallejo Villa

UNIVERSIDAD CATÓLICA LUIS AMIGÓ

FACULTAD DE EDUCACIÓN

LICENCIATURA EN FILOSOFÍA

MEDELLÍN

2017

Contenido

<i>Proyecto: justificación, pregunta de investigación y objetivos</i>	3
<i>Introducción: Entre el trazo y la posibilidad de la palabra</i>	4
I. Un camino para la experiencia	
<i>Dos perspectivas contemporáneas de un concepto</i>	8
II. Un camino para el decir	
<i>La experiencia de la escritura en la vida personal</i>	16
III. Un camino para el hacer	
<i>Propuesta metodológica de experiencias de escritura</i>	24
Referencias y Bibliografía.....	39
Agradecimientos.....	40

Proyecto trabajo de grado: La escritura cercana

Justificación

La experiencia de la escritura propuesta en *La escritura cercana*, se aleja de la figura clásica del escritor y su oficio en la creación literaria y producción de textos: su interés reposa en recoger y perfeccionar las técnicas clásicas y/o contemporáneas de la escritura, con el fin de construir una obra con matices estéticos y estilo personal, que tiene como resultado final –en la mayoría de casos– una publicación. La experiencia de la escritura también puede pensarse como un diálogo entre las múltiples maneras de decir, que surgen a partir de la experiencia personal, ya que este decir no categoriza ni jerarquiza, antes bien, contempla de una manera horizontal las posibilidades del discurso. Su finalidad es buscar una palabra que resuene al oído de la persona que escribe. Ahora bien, los talleres que hacen parte de *La escritura cercana* no buscan resultados cuantificables o medibles en cifras, al contrario, proponen una relación lúdica entre pares (López, 2016), con las múltiples posibilidades que permite socializar un tema, además de continuar en la vida del asistente como una transformación que no cesa, aunque de la que no siempre se puedan percibir resultados inmediatos y tangibles: como toda experiencia, ocurre al interior.

Pregunta de investigación

¿Cómo la experiencia de la escritura transforma la vida personal y amplía su horizonte de sentido?

Objetivos

Principal

Explorar las posibilidades didácticas de la escritura como experiencia transformadora en la vida personal

Secundarios

1. Recuperar el concepto de experiencia desde una perspectiva contemporánea y hermenéutica
2. Plantear el concepto de escritura como un *decir* desde las interpretaciones de Paul Ricoeur, Maurice Merleau-Ponty, Jorge Luis Borges y Roland Barthes.
3. Mostrar cómo la propuesta de escritura puede ser llevada al “Taller” como una instrumentalización funcional y efectiva para público juvenil.

Introducción: Entre el trazo y la posibilidad de la palabra

Quiero ganarme con mi escritura el pan y la sal

Sylvia Plath

La raíz etimológica más antigua de la palabra *escritura* (del indoeuropeo, *skribh*) se relaciona con la idea de *rayar*: dar trazas sobre superficies duras o maleables, hacer incisiones en la tierra, marcar el barro, dejar huellas en paredes cavernosas, personalizar un hábitat, incluso, escribir sobre animales vivos o muertos era una práctica común. Ese “rayar” sugiere que, antes de que los hombres perfeccionaran el uso de la tinta, la pluma y el papel, escribir era más una necesidad que un oficio recreativo; más la expresión por medio de imágenes y metáforas que decir lo evidente, como si se tratara de descifrar un mensaje o descubrir algo. La escritura, con sus formas, signos, significados y múltiples símbolos ha permitido la materialización de las lenguas, así como el retrato de las costumbres e ideales de la cultura que escribe. Tal vez, ese “rayar” libremente por cualquier superficie permitió a los hombres, con el tiempo, mirarse a sí mismos; nombrar su mundo exterior, en principio, y luego su interioridad; inventar y recrear realidades posibles gracias a las manifestaciones de la escritura: símbolos y signos a los que se les dio el nombre de letras, que al juntarlas, mágicamente, creaban palabras, y éstas a su vez fueron objetos, ideas, imágenes, un árbol y el calor del hogar, emociones, historias, otras realidades, hasta llegar a la certeza de que los seres humanos *somos lenguaje* que nos denomina, nos configura. La escritura, entonces, se afirma con nuestra naturaleza lingüística dándonos la potestad para crear; así, usamos las palabras para describir, transgredir, hacer que sucedan las cosas, sanar, curar.

Como lo dijera Paul Ricoeur (*Cfr.* [1986] 1995), las palabras son las que otorgan identidad al sujeto por medio de la narración, esto es, “la identidad narrativa”, la cual se construye en un tiempo determinado bajo una cosmología única, en la que el sujeto percibe todo aquello que lo rodea y lo hace suyo desde el momento en que nace; ahí, los sentidos, la experiencia y la propia interpretación son el piso de esa identidad, o, ese “sí mismo”, compuesto por tres aspectos; a saber, el tiempo, el habla y lo moral, que son lo que constituye la dimensión narrativa: aquello que es susceptible de ser contado, bien sea en forma oral o escrita. En esta medida, el relato de una vida trasciende la expresión lingüística, pues las palabras y los signos del lenguaje traducen de lo que están hechas las historias y sus silenciosos laberintos, las imágenes que allí permanecen y las que se creen olvidadas, los ruidosos recuerdos, las cicatrices, las reflexiones que abarcan días y años, las múltiples experiencias, son lo que hacen del relato de vida el núcleo de identidad personal.

Si bien las historias se configuran para ser contadas, hablar abiertamente de la intimidad que la integra no es tarea fácil, incluso, puede ser algo terrible de asumir, y antes que palabras hay silencios. Dice Ricoeur que “podemos hablar de ella [de la historia] indirectamente gracias a la poética del relato” ([1986] 1995: 342). Quizá, por eso, los relatos de vida se han servido del lenguaje poético para salir a la luz, como con un escudo que protege al narrador, no lo oculta, pero, a su vez, revela la historia. La escritura que cuenta la vida se convierte, entonces, en un camino para la palabra, en una experiencia, tan personal y única que otro no podría decirla ni tomar su lugar, y si lo hiciera, sería sin duda otro relato. En consonancia, Marguerite Duras cuenta su experiencia con la escritura, como novelista, guionista y directora de cine en un texto titulado *Escribir*, sin un rótulo que aclare o diga algo más, y no es necesario, porque escribir como título es ya la constitución de un universo propio y complejo, en esa

libertad de lo que no parece tener bordes. La experiencia de esa escritura en Duras es ante todo la soledad que vive el escritor, una soledad que no está tan sola porque a ésta la habitan las palabras, los libros, las paredes de una casa, el miedo, el amor: “La soledad no se encuentra, se hace. La soledad se hace sola. Yo la hice. Porque decidí que era allí donde debía estar sola, donde estaría sola para escribir libros. Sucedió así. Estaba sola en casa. Me encerré en ella, también tenía miedo, claro. Y luego la amé “([1993] 2009: ¿?).

¿Qué es lo que hace que esta forma de escribir se convierta en una experiencia? ¿Acaso, las experiencias que acontecen a un ser humano merecen ser contadas? O, ¿hay sucesos de la vida que al no encontrar las palabras permanecen en el silencio? ¿Y no podría ser el silencio otra forma de escritura o una respuesta elocuente? ¿Qué hace que una experiencia transforme al hombre que la vive? Esa escritura, su forma de ser y su naturaleza, que nace en la misma experiencia de la vida, que germina dentro del mundo, es entonces el punto de partida de esta meditación.

El desarrollo de este texto con miras a la descripción y planteamiento de una propuesta pedagógica cuya metodología se fundamenta en el concepto de “Taller”, se estructura en tres partes. La primera es una exposición y comentario crítico al concepto de experiencia como parte fundamental de la existencia y de cualquier movimiento de transformación dentro de ella; principalmente, con dos autores contemporáneos se sustenta esta reflexión, Hans-Georg Gadamer y Jorge Larrosa. La segunda parte se concentra en la idea de escritura como una de las instancias de esa experiencia; los puntos de partida son algunas de las fundamentales ideas de Maurice Merleau-Ponty, Jorge Luis Borges y Roland Barthes. Finalmente, la tercera parte presenta tres talleres que ponen en práctica las ideas comentadas y sugeridas tanto de la experiencia como de la escritura. Lo que aquí se pretende como estructura es que se parta de

una poética y una teoría encaminadas a la praxis porque sería justamente en el hacer como el pensamiento encuentra, no su comprobación y legitimidad, sino la posibilidad de su continuación y regreso en tanto ese hacer sería resonancia y enriquecimiento, pues el hacer mismo es pensamiento y el pensar es en esencia también un hacer.

I. Un camino para la experiencia

Dos perspectivas contemporáneas de un concepto

La verdad es que hoy en día no somos [...] sino cruzados de corazón débil que acometen sin perseverancia empresas inacabables. Nuestras expediciones consisten solo en dar una vuelta, y al atardecer volvemos otra vez al lugar familiar del que salimos, donde tenemos el corazón.

La mitad del camino no es otra cosa que desandar lo andado

H. D. Thoreau, "Caminar" (1862)

Entre los autores que han meditado la significación, trascendencia y alcances del concepto de "experiencia", camino de la mano de dos filósofos contemporáneos, el alemán Hans-Georg Gadamer y el español Jorge Larrosa; ambos iluminan la reflexión que me propongo en cuanto a la experiencia de la escritura en la vida personal. En el segundo capítulo de *Verdad y Método* ([1960] 2003), Gadamer analiza la experiencia en su sentido histórico, pues ha sido uno de los temas menos ilustrados y aclarados en la tradición filosófica, y dice de ésta que es algo único e irrepetible, o un aprender del padecimiento. Larrosa, en el artículo "Sobre la experiencia" (2006) define este concepto como "eso que me pasa" y a la luz etimológica de las palabras que componen la frase, este autor propone una mirada más corporal de la experiencia y de lo que se transforma con ella.

Contemplar un nuevo horizonte

Cuando se pregunta el significado de la palabra experiencia, se nos muestra la exterioridad como su atributo principal, lo que está afuera y es ajeno. Así, bajo este principio, la tradición de la investigación científica y el método de las ciencias naturales han postulado la

experiencia como el principio de conocimiento. Para la ciencia, una experiencia adquiere validez en la medida en que se confirma en su reiteración: en la ciencia y la investigación científica es necesaria la repetición de una experiencia para afirmar el conocimiento. De este modo, se observa solo una cara de la experiencia: la que es una antesala del conocimiento empírico, pero que “desatiende la historicidad interna de su sentido originario” (*Verdad y Método I* [1960] 2003: 372). Dice Gadamer que ésta es mucho más que un principio científico y transforma no solo las particularidades, sino el conjunto, el saber al que se llega al vivirla; dicha experiencia no puede repetirse, puesto que cada vez sería diferente, de esta manera y “en sentido estricto no es posible *hacer* dos veces la misma experiencia” ([1960] 2003: 429). Así, el autor toma distancia del axioma científico y no solo se refiere a la exterioridad de la experiencia, sino a lo que sucede a alguien después de haberla vivido: una inevitable transformación. Por eso no es posible “repetir” la misma experiencia puesto que, si vuelve a suceder, ésta acontece en un tiempo presente y solo en el presente puede observarse lo finito y los límites que posibilitan ver más allá. Experimentar es enriquecer el propio panorama del conocimiento, dar pasos por nuevos terrenos, es al decir de Gadamer, “ganar un nuevo horizonte”; pero, ¿qué le es dado a quien “gana un nuevo horizonte”? Si pareciera que todo horizonte es distancia y extensión, un lugar donde, a la vista, el cielo y la tierra se tocaran, pero en realidad no lo hacen, ¿cuál es el punto de encuentro entre ese cielo y esa tierra que se extienden? ¿Hay temor o alivio ante esa novedad? Tal vez esa ganancia se traduzca en un aclarar los prejuicios que han oscurecido la forma de ver, de relacionarse, prejuicios que inmovilizan y dejan a la mano más que una perspectiva de las cosas: “Ganar un horizonte quiere decir siempre aprender a ver más allá de lo cercano y de lo muy cercano, no

desatenderlo, sino precisamente verlo mejor integrándolo en un todo más grande y en patrones más correctos” ([1960] 2003: 375).

Estas palabras de Gadamer invitan a mirar más allá de lo conocido, pues para ganar un nuevo horizonte es necesario desplazarse, recorrer caminos, moverse del espacio habitual, difícilmente en la quietud puede verse lo que cambia alrededor. Mientras se avanza, el horizonte se extiende ante los ojos del que transita un trayecto y le expresa la amplitud que éste debe alcanzar y comprender. ¿Qué dice el sendero al caminante?, a saber, le devela otras perspectivas, dispone nuevas miradas, ofrece un punto de vista diferente, trae a otros seres humanos que, por medio del diálogo, contribuyen a ese horizonte por ganar. Como en aquel epígrafe que abre este apartado, Thoreau, en pleno siglo XIX, en medio de una sociedad industrializada, ya se lamentaba del poco riesgo y de la comodidad de los hombres, que no era otra cosa que una manera de nombrar la domesticidad del alma y del cuerpo; hombres, espíritus, miedosos ante lo nuevo, temerosos ante lo desconocido, pues lo único aceptable era, justamente, lo familiar: la experiencia del camino solo se permitía mientras se llegaba hasta ese punto en el que lo incierto comenzaba. Thoreau conminaba el andar como experiencia de vida porque en la travesía hacia lo extraño, rumbo a horizontes no vistos antes, era como podía suceder la aventura del conocimiento, de la transformación de un descubrir en sí mismo facetas que de otro modo, por ejemplo, en la quietud, sería casi imposible advertir (Thoreau [1862] 2009: 157 y ss); pocas metáforas, entonces, tan acordes a la experiencia como esta del camino. Ahora bien, el movimiento que guía al caminante permite establecer relaciones con el pasado, y la conciencia histórica; con el presente y más allá de las fronteras de los prejuicios; con el futuro, y la apertura de un mañana.

El horizonte gadameriano no es cerrado, se descubre al caminar, cuando la panorámica se amplía y muestra las cercanías y lejanías de los otros, las situaciones que viven otros hombres. Será factible ver la alteridad del otro, su diferencia, su otro modo de ser; se le podrá comprender en su espacio, algo así como vincularse en ese otro horizonte. Esto es también una experiencia, aprender a desplazarse a perspectivas ajenas, y no se trata de cubrir al otro con la propia individualidad, sino alcanzar la universalidad que a ambos los cobija. Es necesario abrir los ojos, agudizar los oídos, estar pendiente y atento, tener puestos los cinco sentidos en el horizonte que se alcanza, en otras palabras, en la experiencia que sucede, pues no podría concebirse una experiencia fuera de los sentidos: así, el tacto que conoce el mundo, la vista que se dilata ante una imagen, los sonidos que exaltan o dan tranquilidad, la lengua que degusta los sabores de la tierra, el sentir al otro con el cuerpo, hacen de una experiencia algo único e irrepetible. Para el vivir también hay que prepararse, para la llegada de la experiencia también hay una disposición, como el viajero que toma su sombrero que lo protegerá del sol.

De este modo, “[...] el que experimenta se hace consciente de su experiencia, se ha vuelto un experto: ha ganado un nuevo horizonte dentro del cual algo puede convertirse para él en experiencia” ([1960] 2003: 429). En este mismo sentido, tampoco podría ahorrársele una experiencia a alguien, ni nadie puede vivirla por otro. Alguien que se ha transformado a través de experiencias estará abierto a nuevos puntos de vista, a otros paisajes, a otra óptica distinta a la suya, volviéndose así en un *experimentado*, esto no significa que este alguien lo sepa todo, sino que su postura será de apertura a lo inesperado ([1960] 2003: 431); aquí, inesperado indica lo fortuito, lo que podría suceder, entonces, la experiencia como parte de la vida enseña a reconocer lo que es real y su más auténtico resultado es un querer saber.

Otro aspecto de la experiencia, dice Gadamer, es el aprender del padecer ([1960] 2003: 433), experimentar el dolor, el desengaño, la angustia, se convierte en una puerta a la reflexión e introspección. Como indica el *pathos* griego, el padecimiento permite conocer otro rostro de las cosas, provoca sentimientos o pasiones tan hondas o tan elevadas que arrojan al sufrimiento, pero que a su vez elevan al goce y la alegría. El aprendizaje al que empuja el dolor es a tener una conciencia del vivir en este mundo, a reconocer la finitud humana, y hasta dónde puede llegarse: pocos sentimientos tan intensos para el cuerpo y el espíritu que el dolor, solo equiparable a un enorme placer o a un júbilo desbordado. Aprender del padecer es hacerse sabio, es decir, un hombre sabio es sensible a lo que pasa día a día, percibe su entorno con los sentidos, el intelecto y el sentido común, ya lo decía Esquilo en su *Agamenón* “las vías de la sabiduría abrió Zeus a los mortales, haciendo valer la ley de que saber es sufrir” (vv. 175-176); el aprendizaje que sucede al dolor quita el velo de la ignorancia, quiebra la ingenuidad y la inocencia. De otro lado, Hesíodo en *Trabajos y Días* dice, “solo sufriendo aprende el tonto” (v. 218).

Este antiguo tópico griego ilustra que el aprender del dolor, no solo causa dolor, sino que empuja al hombre a experiencias nunca antes vividas, el padecer lo obliga a recorrer sendas que en otro estado no estaría dispuesto a cruzar, lo lleva a vivir lo no deseado. La experiencia del dolor impulsa al inexperto a hacerse sabio, lo lleva a encontrar una salida, le permite prepararse, pues en ocasiones la aflicción sorprende cuando menos se lo espera.

“Eso que me pasa”

Dice Larrosa en su artículo “Sobre la experiencia” que esta palabra es recurrente en muchos ámbitos de manera indistinta y que por ello se ha abusado de ella, sin pensarla y sin considerar

sus posibilidades teóricas, críticas y prácticas. La experiencia ofrece muchas posibilidades, siempre y cuando se le dé un uso adecuado y preciso, pues se trata de pensar la experiencia como tal y desde lo que esta invita (2006: 43). En palabras del filósofo español, experiencia es “eso que me pasa”, no lo que pasa, si no, “lo que me pasa a mí”, es decir, *eso-que-me-pasa* se compone de tres principios, al desglosar la frase. *Eso*, corresponde al Principio de Alteridad o Exterioridad: la exterioridad está contenida en el prefijo *ex* de experiencia, alguien o algo que es ajeno a mí, aparece; eso extranjero que no está previamente capturado por mis palabras a mis ideas, o mis sentimientos o mi voluntad, o mi poder etc., así mismo, ni puede ser mío, ni me pertenece. *Me*, a su vez, se identifica con el Principio de Subjetividad o Transformación: eso que pasa, no pasa solamente ante mí, sino en mí, y aunque la experiencia supone algo exterior, “el lugar de la experiencia soy yo” (2006: 45), es de subjetividad, porque es el sujeto el que se ve afectado; por tanto, eso que pasa sugiere un movimiento de ida, por eso extraño que aparece, y de vuelta, porque ese acontecimiento me afecta a mí, lo que supone una alteración, entonces, la experiencia *me* forma y *me* transforma. Finalmente, *Pasa*, pertenece al Principio de Pasión: ese pasar de la experiencia supone un recorrido, un paso hacia otra cosa, un acontecimiento que viene hacia a mí. “Ese paso es una aventura” (2006: 46), por lo que su rostro es de incertidumbre, un cierto riesgo o un padecer algo.

Estas tres dimensiones de la experiencia propuestas por Larrosa sugieren un sujeto al que un algo exterior se le aparece, lo afecta y, además, lo transforma; así, gramaticalmente, podríamos nombrar un quién, el qué y un dónde. Este sujeto se convierte en camino y lugar para que suceda la experiencia, el espacio para que el nuevo horizonte se dibuje, él es el punto de encuentro entre el cielo y la tierra. No hay una distancia inalcanzable, la experiencia desplaza hacia al propio horizonte.

Un encuentro

*La brújula incesante. El mar abierto.
 El eco del reloj en la memoria. [...]
 La voz del ruiseñor en Dinamarca.
 La escrupulosa línea del calígrafo.
 El rostro del suicida en el espejo. [...]
 Las formas de la nube en el desierto.
 Cada arabesco del calidoscopio.
 Cada remordimiento y cada lágrima.
 Se precisaron todas esas cosas
 para que nuestras manos se encontraran.
 “Las causas”, Jorge Luis Borges*

Hasta aquí dos ideas del concepto de experiencia: con Gadamer, y aquello único e irrepetible que permite transformarse y, con ello, ganar un nuevo horizonte; con Larrosa y la *exterioridad*, la *reflexividad* y la *pasión*, tres dimensiones que hacen del sujeto un único lugar para la experiencia; esto en tanto la exploración del concepto filosófico y en el trascender humano, pero podrían pensarse otros aspectos que acompañen esta meditación, porque la experiencia, más que una abstracción o una premisa idealista, depende de la individualidad de la persona que la vive, de sus condiciones físicas, emocionales e intelectivas, es decir, de todo lo que puede significar la interioridad, como también depende de su entorno y de los otros que lo habitan, de las costumbres y los modos de ser de una cultura.

La experiencia podría considerarse como un *encuentro*: coincidencia de un sujeto (uno o varios), en un lugar determinado, bajo unas condiciones específicas, ante algo que sucede al tiempo. Como si todo se hubiera puesto de acuerdo para cumplir la cita para esa experiencia que necesariamente debía ocurrir, entonces, no es posible huir de una experiencia, el

encuentro al que se debe asistir es lo que va a permitir el crecimiento moral e intelectual, la construcción del conocimiento, así como determinar una postura de vida o elegir el camino a recorrer.

Una de las reflexiones más fuertes que plantea cualquier reconstrucción del concepto de experiencia es la necesaria presencia de la alteridad, es decir, del otro y de lo otro, pues en tanto confluencia y coincidencia hay algo distinto de nosotros con lo que debemos toparnos para que pueda ocurrir el obligado descubrimiento y transformación que significa ser otro después de haber vivido algo. Esta es una de las claves fundamentales de la reflexión, y es que ninguna experiencia sería lo que es si no implicara renovación, una trascendencia del uno en el otro, el poder hacer una referencia a algo que pasó.

II. Un camino para el Decir

La experiencia de la escritura en la vida personal¹

*Escribo demorándome en las palabras, como por escaparates
donde no veo, y son medio-sentidos, casi-expresiones lo que me
queda, como colores de tejidos que no he visto lo que son,
armonías exhibidas compuestas de no sé qué objetos.
Libro del desasosiego (vv 259), Fernando Pessoa*

La escritura cumple la función de poner en palabras un querer hablar o expresarse. Señala Ricoeur en *Historia y Narratividad* que la escritura fija el discurso como intención de decir, así surge el texto, con el habla que ha sido sustituida por la grafía de las palabras (1999: 61).

Lo que pudo haberse pronunciado o lo que podría pronunciarse, y que en lugar de ello se

¹ Dice José Ferrater Mora en su *Diccionario filosófico* (2004) que el término *persona* significa en griego, máscara; por otro lado, en la lengua latina se asoció, en un principio, en un sentido jurídico como “sujeto legal”; los significados que tanto la teología, como la filosofía, le han dado a “persona” proceden de esta última acepción. La mayoría de autores cristianos (Concilio de Nicea en 325, San Agustín, Boecio y Santo Tomás) subrayan en la persona el ser “en sí” y “por sí”, y, con ello, la independencia de la persona. La concepción metafísica de *persona* conlleva la idea de un “ser pensante e inteligente, capaz de razón y de reflexión, que puede considerarse a sí mismo como el mismo, como la misma cosa, que piensa en distintos tiempos y en diferentes lugares, lo cual hace únicamente por medio del sentimiento que posee sus propias acciones” (Leibniz, *Nuevos Ensayos*; Ferrater Mora, 2004: 2762). A diferencia del concepto *persona*, algunos autores han optado por el término “individuo”: una entidad cuya unidad, aunque compleja, es definible negativamente: algo, o alguien, es individuo cuando no es otro individuo. Mientras que la entidad definible para *persona* se da positivamente, y, además, con elementos procedentes de ella misma. Para la psicología, el individuo (ser humano) es una entidad psico-física, pero no por ello reducible a esta determinación: el individuo está determinado en su ser; la persona es libre y aun consiste en ser tal. En cuanto a la constitución de la persona, lo *ético* cumple un papel fundamental en tanto la “personalidad.” Kant lo definió como: “libertad e independencia [...]” (Ferrater Mora, 2004: 2762). El concepto *persona* ha experimentado cambios en su estructura a lo largo de la tradición filosófica; en la contemporaneidad se asume a la persona desde lo volitivo, lo racional, lo emocional, y junto a Max Scheler esta concepción toma mucha más fuerza con la diferenciación de percepción exterior e íntima, así como del querer exterior e íntimo. La filosofía del espíritu destaca en la realidad de la persona un motivo que considera fundamental: su trascendencia. Si la persona no trascendiera continuamente quedaría siempre dentro de los límites de la individualidad psicofísica y, en último término, acabaría nuevamente inmersa en la realidad impersonal de la cosa (Ferrater Mora, 2004: 2763). Esta última concepción de trascendencia es lo que ofrece a este texto la posibilidad de adoptar este concepto como el más plausible, en tanto sería la persona y no el individuo el que se enfrentaría y viviría la experiencia; quien gana un nuevo horizonte ha conquistado un cambio, ya por necesidad o por aventura, que aportaría o modificaría su *decir*.

escribe, queda consignado en un texto y en la memoria individual (muy posiblemente, dado el caso de que ese texto llegue a publicarse, también se inscribe en la memoria colectiva). Pero, ¿qué antecede al decir?, ¿hay silencio, fuga o vacío entre una palabra y otra? Antes del *decir* hay un vacío que es colmado con la experiencia (las muchas experiencias que pasan en la vida). Lo ya dicho no es un decir, lo que aún no ha sido manifiesto no es un decir. El *decir* sucede en un tiempo presente, es una acción y un movimiento, es la persona el sujeto de esa acción, “se sabe ante límites” (Vargas Guillén, 2016), transita entre silencios y palabras, porque sabe que se dice a sí mismo, aunque se esté refiriendo a los otros. Y como todo decir personal tiene tantos matices, los silencios, las fugas, y los vacíos que lo componen ofrecen posibilidades en función de un horizonte. El *decir* halla el camino para expresarse, bien sea en la oralidad o en la escritura. En lo oral, como un grito, una súplica, una interjección, una voz fraterna, un susurro, etc.: exteriorización audible individual o plural, que una vez ha sido dicho se encamina al recuerdo o el olvido. En la escritura, este decir se impulsa en la grafía porque es una memoria a la que se puede regresar en el tiempo, todo volver invita a un movimiento: retornar al lugar de “los signos mudos de la escritura” (Gadamer, 1998: ¿?), pasar por las líneas de la página y dejar que esas palabras hablen no solo a la vista, sino, como dijera Gadamer, “al sentido interior al que solo se puede acceder adecuadamente a través de la palabra” (1998:77). Se *dice* la percepción del entorno que vive y experimenta una persona, el sentido que le da a su mundo; por la manera en que una persona *dice*, nombra, describe lo macro, lo universal, se puede comprender su experiencia particular.

Pero, ¿cómo puede la experiencia convertirse en escritura?, ¿es necesario *decir* con palabras lo que ha sucedido?, ¿por qué la palabra escrita y no más bien el silencio? Antes de que la escritura se convirtiera en un sistema para establecer preceptos morales y legales, en

legado filosófico y en una forma de narrar un universo literario, la manera que tenían los primeros hombres de contar la experiencia del mundo consistía en marcar la tierra, hacer incisiones en el suelo que habitaban, señalar sus pertenencias, *rayar*; dejar huella en las paredes de las cuevas era quizá la forma de sellar –como un pacto– su vínculo con la divinidad y con los miembros de su grupo, era un canto a los cultivos y la celebración de la caza, era un *decir necesario* que merecía permanecer para que otros leyeran esos trazos; afirma Ricoeur que “la escritura en cuanto a institución es posterior al habla, pues parece llamada a fijar mediante un grafismo lineal todas las expresiones que surgen previamente a la oralidad” (1999: 60), así, habla y grafía se nutren de la fuente del lenguaje; lo que brota de la boca o de las manos de una persona hace parte del oír y del leer, pero, lo que está antes de esa expresión es un terreno inexplorado: saber con certeza qué impulsa el decir o la escritura es tan misterioso, se le ha llamado inmanencia, obligación, inspiración, logos, imaginación, capacidad intelectual, lo cierto es que tanto la palabra pronunciada como escrita se convierten en legado y memoria.

Los trazos del cuerpo

El cuerpo humano es el lugar donde sucede la experiencia, es lo que nos da la certeza del instante, donde se manifiesta la vida. El cuerpo no es una posesión, es una construcción lenta que se alimenta de los gestos, el caminar, el tono de voz, el lenguaje, el cuidado estético, y que constituyen los significados del propio cuerpo. Cuando sucede una experiencia se vive de manera completa, pues no hay una fragmentación del cuerpo cuando ésta sucede, todos los sentidos corporales e intelectivos están sumergidos en ese ocurrir, lo mismo pasa con la

escritura: es la mano la que traza las líneas, pero es el cuerpo el que la impulsa, la mente la que con trazos invisibles guía el camino. Dice Merleau-Ponty en *Signos*:

Nuestra escritura se reconoce, tanto si trazamos las letras sobre el papel, con tres dedos de la mano, como con tiza, en la pizarra, con todo el brazo, porque no es un automatismo vinculado a determinados músculos, destinado a realizar determinados movimientos materiales definidos, sino una potencia general de formulación motriz [...] ([1960] 1964).

La mano que escribe no es una mera cosa, útil por lo que sale de ella, esa mano hace parte de un cuerpo que está en un espacio y tiempo determinados: la corporalidad es la que media en nuestra relación con el mundo ([1960] 1964:97); y lo que dice esa mano-cuerpo es la percepción de su entorno: a medida que la experiencia del mundo va tomando su curso, la experiencia del cuerpo se va haciendo carne y palabra. Todo lo que toca el cuerpo hace parte del mundo. Es una relación recíproca, “inseparable de la vida misma [...] porque no se puede escribir sin la fuerza del cuerpo”, como lo confesara alguna vez Marguerite Duras, para quien la escritura era no solo una “extrañeza”, sino un todo del que no se puede huir porque se está en comunión con el cuerpo, el universo y la escritura.

El lenguaje se vuelve carne cuando la persona se relaciona con otros, cuando comprende una situación, cuando enfrenta una carencia y el transcurrir de los días: no es un cuerpo ajeno el que escribe, como si fuera un objeto arrojado o anónimo, es “mi cuerpo”. Así, el lenguaje ya no es un “servidor de los significados, es el acto mismo de significar”

(Merleau-Ponty, [1960] 1964). ¿Podría el cuerpo de una persona dirigirse a donde quiera, navegar a *voluntad* por los surcos del lenguaje?

El sueño voluntario

El sueño es una instancia de la experiencia en la que no hay límites humanos, allí todo es lícito; sus leyes trascienden nuestra cotidianidad, las jerarquías se modifican, se invierten, incluso, desaparecen; sus códigos exigen un quiebre total de eso que concebimos por realidad. En ese sentido, las formas que ve el ojo en la realidad despierta (por decirlo así), guardan proporciones extraordinarias en el dominio de los sueños. No hay explicación racional para las imágenes oníricas: una situación vivida puede transformarse en un horror indescriptible, asociaciones que la mente nunca hubiera imaginado son recurrentes en esta esfera. Si bien el dormir es una necesidad fisiológica, el cuerpo también pertenece al sueño y percibe lo que sucede ahí, la huella que queda se convierte en un registro y memoria en tanto guarda alegrías, tristezas, frustraciones, los deseos más íntimos. Los sueños no solo se recuerdan como imágenes, sino como sensaciones corpóreas, entonces, la pregunta es, ¿cuáles sentidos se estimulan en quien duerme? ¿Quién es el que ve en los sueños? ¿Quién recorre caminos, vuela, huye, o se enfrenta a criaturas nunca antes vistas? ¿Hay voluntad²

² El concepto de *voluntad* se ha tratado desde cuatro puntos de vista en la tradición filosófica: 1. Como cierta facultad humana (antropología). 2. En relación con los problemas de la intención y las condiciones requeridas para alcanzar el bien (moral). 3. Como el máximo aspecto de la realidad o personalidad divina (teología). 4. Principio de las realidades y motor de todo cambio (metafísica). De acuerdo a la síntesis general que hace Ferrater Mora en su *Diccionario Filosófico*, me acojo a la siguiente concepción: “Los que han relacionado los actos voluntarios con otros han tendido a estimar que la voluntad es dirigida por ‘razones’ o, en todo caso, por ‘preferencias’ [...]. A veces se ha afirmado que lo que se llama ‘voluntad’ es un elemento en una especie de ‘continuo’ de ‘actos’ que van desde los impulsos, o desde los instintos (en ocasiones concebidos como impulsos mecanizados y orgánicamente ‘institucionalizados’), hasta en los actos de ejecución, la evaluación, la deliberación, la preferencia y la resolución” (2004). En este texto entonces, se limita la “voluntad” a los contornos que pueda tener la idea de preferencia y de instinto como un tejido que oscila entre la decisión

cuando se está en este estado? ¿O, la voluntad como esa fuerza que anima, que mueve, que impulsa el soñar se apacigua?

Dice J. L. Borges en el prólogo de *El informe de Brodie* que la escritura (de la literatura) es el *sueño voluntario*. Pareciera una contrariedad y una paradoja, pero no hay tal; hay más bien una inusual combinación de palabras, un “binomio fantástico” (Gianni Rodari) que tiende un puente entre ambos terrenos. Ese *sueño voluntario* es transitar por la conciencia despierta y la realidad onírica, cruzar *ese* puente, llegar a “la otra orilla” (Octavio Paz), saltar a ese otro lugar, acercarse cada vez más al propio horizonte. El sueño voluntario es una apertura de libertad y que anuncia lo impredecible: es el cuerpo el reino, en cuyo lugar no se distinguen las fronteras sino que, precisamente, se confunden para que la expansión sea la única posibilidad.

Tanto el sueño como la realidad son motores de la creación artística³, hay quien solo dice de lo que dan crédito sus ojos, de aquello que puede palpar y percibir con el cuerpo, y, hay quien trasciende a lo surreal, a los caminos de la imaginación y al espacio del sueño para contar su experiencia. Quizá Borges acuñó la expresión por la potencia e inasibilidad que permite el sueño, que da la escritura: una persona puede edificarse, reconstruirse, rehacerse *en y con su decir*. O ser aquel que “sabe escribir y sabe ver sueños claramente [...] o ver en sueños la vida” (Pessoa, 2014), y que por eso puede edificar una vida por la propia postura y no por imposiciones: la escritura crea libertad.

conscientemente tomada o impulsada, es decir, como el acto o la necesidad que fundamenta sus bases entre el pensamiento y la emoción.

³ Si bien éste no es el asunto de esta argumentación, se resalta el hecho de que tanto artistas como escritores llevan a cabo procesos de creación de distinta naturaleza, el producto u obra se presenta para que los espectadores contemplen dicha donación. Algunos artistas (y escritores) retratan la realidad tal cual es observada o percibida; y hay otros, que representan el mundo surreal, paisajes fantásticos, “imposibilidades” que no son concebidas en la realidad.

El verbo del hombre

¿De quién depende la escritura? ¿Acaso es exclusividad del que hace de ésta su oficio? ¿O cualquiera pudiera valerse de la palabra escrita para exteriorizar su *decir*? El hilo que aquí se sigue se aleja de la imagen consensuada del “escritor”,⁴ como el profesional de la escritura, que trabaja por y para ella y da a conocer, públicamente, su trabajo a los otros como forma de reafirmar su quehacer; si bien son los escritores los que nutren la literatura y la perpetúan con su obra, hay una intencionalidad estética, o de ficción, o de producción. Hay, a saber, dentro de la multiplicidad contemporánea de la escritura: “el verbo del escritor y el verbo del hombre”; certeza que nos ofrece Roland Barthes en *Grado cero de la escritura* (1997). El interés de un hombre que solo desea *decir* está liberado de “condiciones verbales cuyos límites serían los de la sociedad o convenciones públicas” (Barthes, 1997: ¿?), porque, en este caso, el *decir* no necesita del profesional que se dedica a escribir, ni siquiera de quien maneja a la perfección la técnica o se desenvuelve con el uso de la gramática. De lo que sí depende este *decir* es del vivir, en tanto el verbo es acción y movimiento, hay una intuición:

⁴ Es importante aclarar que la escritura como creación literaria no es el enfoque ni el punto de concentración aquí. Como se ha desarrollado anteriormente, se ha querido comprender la escritura desde la concepción gadameriana de escritura como experiencia de un horizonte ganado; no escritura como experiencia estética, ni en ninguno de los matices y perspectivas que pueda ofrecer su entendimiento desde la belleza o el arte, como lo expone Tatarkiewicz en “La experiencia estética: historia del concepto” en *Historia de seis ideas* ([1976] 2001): “La pregunta por la belleza ha estado presente desde la antigüedad, filósofos como Platón, Aristóteles o Pitágoras se refirieron a ella de muchas maneras y siempre con la duda de qué es lo bello. Si bien en los pensadores de la antigüedad, de la Edad Media y del Renacimiento no hablaron de la experiencia estética como tal, como la conocemos hoy en día, sí plantearon lo que ésta significaba: *Impresiones sensoriales / Percepción de la belleza / La concentración de los sentidos / El encantamiento que producen las experiencias / Facultad mental / La dulzura de las cosas que encantan a los oídos y que penetra milagrosamente en el corazón / Sumisión del alma para percibir la belleza / Locura*. En el período de la Ilustración, la pregunta por lo que se considera bello rodeó a filósofos alemanes e ingleses y la experiencia estética empezó a explicarse de una manera diferente: hay, simplemente, algunas cosas que podían producir satisfacción, ahí el rol esencial de la satisfacción es la libre asociación. Es en este período, en que el término estética toma el sentido con el que hoy contamos; y para algunos autores, la experiencia estética se trataba de *la suma de varias experiencias*. Esta mirada general sobre la estética nos ha dejado un legado: la experiencia estética es simplemente la experiencia de la belleza y la sublimidad, que ha superado definiciones y teorías (aunque éstas hayan aportado a su construcción), no podría hablarse de una sola experiencia estética, sino de múltiples experiencias” (p. 347-386).

el verbo sirve al hombre, está ahí para ser nombrado. Y en ese nombrar, se dan inesperados encuentros, o, como lo dijera Pascal, citado por Ernesto Sábato: “cuando uno se encuentra con estilo natural, se queda asombrado y encantado, porque esperaba hallarse con un autor y se encuentra con un hombre” (1970).

Cuando el decir abandona su condición de acto colectivo, gesto grupal, deja de ser solo un instrumento de comunicación o “la vía por donde cruzaría una intención del lenguaje” (Barthes, 1997); entonces, ese *decir* se hace *personal* como una apertura a la exterioridad, algo pide salir, algo que busca el canal de las palabras. Fragmentos de experiencias que ha vivido una persona vienen de un *tiempo sido* al presente y toman el curso de la grafía. Sus tragedias y conquistas, los deseos no confesados a nadie, las frustraciones, sensaciones; son estas vivencias las que, precisamente, son susceptibles de ser contadas y convertirse en una “narrativa de vida” (Ricoeur, 1995).

No hay una condición preestablecida para que una persona escriba, pues la escritura es un horizonte que puede ser conquistado por cualquiera: volver a lo que se cree olvidado. Ir en pos de algo que quedó en el abandono, recuperarlo. Escribir es estar cara a cara con lo dicho y lo por decir. Merleau-Ponty trata esta idea en *Signos*: existe “el lenguaje como objeto del pensamiento”, que es el gobernado por la lógica convencional y las ciencias objetivas; y, “el lenguaje como mío”, que indica la experiencia de la lengua en nosotros, es decir, una conquista propia. Ahora bien, no hay prerequisites para alcanzar esa libertad en el *decir*, basta vivir.

III. Un camino para el hacer

Propuesta pedagógica de experiencias de escritura

Tener la capacidad de oír es tener la capacidad de comprender

H.G. Gadamer

Hablar, escuchar, leer y escribir son las competencias comunicativas básicas con las que toda persona puede desenvolverse en el entorno que le rodea, ser emisor y también receptor de un mensaje. Hablar, escuchar, leer y escribir son “habilidades del lenguaje que permiten la relación e interacción con los otros” (MEN, 2006). A *hablar* y *escuchar* se aprende en el lugar donde se nace (para algunos, el seno de un hogar); los sonidos de la cotidianidad, la repetición continua de esas palabras iniciales, las imágenes y los símbolos de la infancia, la voz y gestos de los otros configuran el propio lenguaje.

Se aprende a *leer* y a *escribir* en la escuela, algunos, muy afortunados, conocen las primeras lecturas y aprenden los primeros trazos en casa; empero, el aprendizaje de la lectura y la escritura en la academia se asocian a fines muy específicos: leer la instrucción al momento de responder un examen, para ubicarse con las señales de tránsito, para leer en voz alta en los actos públicos de la institución... así mismo, se escribe para los maestros, para firmar un documento, para pasar una materia o examen. Estas competencias o habilidades del lenguaje se refuerzan durante todo el período escolar con actividades y procesos evaluativos, sin embargo, el concepto de “competencia” se ha transformado y se ha ampliado la comprensión del mismo en el campo de la pedagogía.

En Colombia, por ejemplo, “la enseñanza de las competencias” era uno de los tópicos de Plan Decenal de Educación, pero, en el plan decenal de 2006-2015, el Ministerio de Educación Nacional añadió otras competencias a tener en cuenta: competencia para recibir, interpretar y producir información; competencia para consultar y ser consultado, competencia para deliberar, competencia para concertar y la competencia para asumir la corresponsabilidad (MEN, 2015);⁵ esto atendiendo a los cambios y transformaciones que abrazan al nuevo milenio, así como apertura a las necesidades y problemáticas contemporáneas, pues, no basta con saber leer, escribir, escuchar y hablar de una forma adecuada, o solo para comunicarse con otros, es necesario, al día de hoy, concebir más de una interpretación para una situación o problema, preguntarse por los muchos sentidos que pueda tener una palabra o frase, leer el rostro del otro para escucharlo, para hablarle con los ojos, es preciso estar receptivo a lo que cambia, atento al movimiento y a lo inesperado de los días. No se trata solamente de alcanzar unas competencias para desenvolverse en la sociedad, sino de integrar estas “habilidades” a la vida personal, a las particulares maneras

⁵ Gracias a los cambios que se han dado en el Plan Decenal de Educación de Colombia desde el 2006-2015, nuevas maneras de comprensión de las competencias y habilidades han entrado a darle un matiz de apertura al currículo, en cuanto a la escritura. Si bien se trata, por decirlo así, de una institucionalización de la escritura con fines productivos, en cuanto hace de ella un instrumento de uso práctico, es de destacar al menos la posibilidad de que la escritura se considere como un proceso autónomo que no necesariamente está ligado como causa inherente a la lectura. Lo que dicta el MEN al respecto en *Orientaciones Pedagógicas para la filosofía en la Educación Media* (Documento 14): “[...] el ejercicio filosófico de mayor profundidad y cuyos resultados pueden llegar a ser significativos en el desarrollo de competencias básicas es la escritura. [...] la producción escrita es la más apropiada para concretar esta tarea, pues implica reorganizar ideas, establecer jerarquías en los argumentos, enunciar conclusiones sobre el tema tratado” (2010). Una de las discusiones que se presentan ante un postulado como el anterior es que liga el proceso de escritura a una elaboración meramente racional y argumentativa; lo que habría que platear, de entrada, es el papel preponderante de la experiencia de la vida en dicha escritura, en todas sus complejidades emocionales, sentimentales, espirituales, imaginarias, oníricas, corporales; en resumidas cuentas, lo que el postulado oficial deja de lado, es la escritura como un proceso que no solo se piensa sino que se siente.

de decir de cada quien, llevarlas al camino que conduce al propio horizonte, lejano por los prejuicios, pero que cada vez se hace más cercano con el vivir de la experiencia.

En este sentido y gracias a iniciativas de educación no formal y a la difusión de talleres literarios, de lectura y escritura en bibliotecas públicas y universitarias; a cargo de profesores, escritores y talleristas; desde la década de los setenta, en principio en Bogotá, luego en Medellín y más tarde en otras ciudades de Colombia, la “escritura” se ha hecho más cercana⁶ a niños, jóvenes y adultos que han dado sus primeros trazos en eso de contar historias, en la creación poética y en textos que reflejan una relación con la escritura. Hoy en día, es común encontrarse este tipo de talleres en una variedad de espacios; incluso en las instituciones educativas públicas y privadas, esta práctica toma cada vez mayor fuerza. Por estas razones, y en consonancia con los otros significados que se han adoptado para la palabra “competencia” y los otros caminos que ha tomado el acto de escribir, este texto dirige su mirada al proceso de escritura llevado a cabo en la escuela y fuera de ella; si bien se aprende la técnica de mano de los maestros, la escritura es una posesión que podría convertirse en un decir propio que cuente una memoria de infancia, un recuerdo, un dolor, el detalle de un encuentro.

Se trata de acercar la escritura a la vida personal, que acompañe la experiencia y la cotidianidad, independientemente de la profesión o camino que un estudiante escoja y que, a

⁶ Entre 2003 y 2004 tuve la oportunidad de participar de un taller literario en la Biblioteca Pública Comfenalco Castilla (Medellín), allí descubrí las primeras lecturas, a los autores que aún hoy me acompañan, conocí – personalmente– escritores de mi ciudad, di los primeros trazos en la escritura, qué me iba a imaginar yo que años después estaría escribiendo sobre este grupo que me abrió un camino... Mis compañeros y yo nombramos el taller *Te-Lees-Kopio*, porque creíamos haber encontrado una isla para leer y escribir, porque a través del telescopio de la escritura observábamos nuestro alrededor, contábamos nuestra historia personal, teníamos un lugar para hablar y ser escuchados. Llegamos a publicar (con apoyo de la biblioteca) algunos cuadernillos con nuestros escritos y organizamos por tres años consecutivos un pequeño festival de poetas de la zona noroccidental, en el barrio Castilla.

su vez, le permita tantear posibilidades estéticas, tanto en los medios digitales, como la clásica imagen de la tinta y el papel. Escribir, no solo por el deber académico, o por la repentina inspiración, o por azar, sino, un ejercicio constante, cotidiano, cercano. Así, se fomenta otro proceso propio de las competencias comunicativas: a través de la escritura se crean nuevos significados y el horizonte simbólico del estudiante se expande, lo cual permitiría no solo comunicar sus ideas e interactuar con los demás, sino contar su historia personal, afirmar su *decir*.

La escritura cercana –metodología–

La metodología consultada y propuesta para llevar a cabo las actividades pedagógicas, en la institución educativa y en la universidad, en torno a la escritura como experiencia es la de “Taller”. Para Vygotsky, desde la Zona de Desarrollo Próximo y colaboración entre pares, esta es una estrategia que posibilita la participación de cada uno de los integrantes, no solo de forma activa, sino incluyente y constante, en tanto tal participación se plantea como paralelismo y simultaneidad y no solo como secuencialidad; es decir, los participantes están allí todos y cada uno como un organismo que funciona en su totalidad y complejidad y no simplemente como una organización de personas estructuradas para tener cada una su inclusión en un momento determinado y no más. “Esta perspectiva concibe a los estudiantes y al tallerista como sujetos inmersos en relaciones sociales e históricas dentro de las cuales se desarrollan su conciencia y sus comportamientos, en un contexto cultural e individual” (López, 2016). Es decir, una de las características principales del “Taller” es que acoge la pluralidad, antes que fundamentarse en prerrequisitos; lo que instala es una oportunidad de experiencia por sí misma independiente y autónoma, que se da en la socialización de los

temas o asuntos a tratar y que, a su vez, abre caminos a otras interpretaciones del entorno, así como otros discursos y posturas éticas que, desde el diálogo, la reflexión, la escucha, el respeto y la constante defensa de la horizontalidad, sin rangos ni jerarquías de poder, puedan llegar a transformar el horizonte personal.⁷

El mismo taller contiene en su orden y disposición la metodología, es decir, la sesión en su estructura interna casi que se plantea como un relato, cuyo inicio se ha llamado *Apertura*; en este, se presentan algunas preguntas que invitan al diálogo y a la conversación, como a una puesta en común de las opiniones personales sobre el tema a trabajar; se plantean estos interrogantes para empezar, porque nos mueven del lugar conocido de las cosas, sugieren un movimiento de desacomodo a lo acostumbrado, nos permiten dudar, tomar distancia, re-pensar o afirmar lo que creemos de las palabras y su significado.

El segundo momento, *Las voces de los otros*, se detiene en las experiencias que otros han vivido y que son contadas a través de la palabra escrita; leer para “dejar que le hablen a uno” (Gadamer, 1998) con las historias, fragmentos de diario, cuentos, relatos, poemas, novelas, crónicas, ensayos, confesiones, que quizá permitan descubrir las propias búsquedas. Para finalizar, con *Mi trazo, mi escritura*, un punto de llegada que es a la práctica escrita que se concibe como confluencia de lo propuesto con anterioridad y de todo aquello que cada uno de los integrantes del taller aporte desde ese presente que es la experiencia que se está viviendo. En este punto se llega al *decir* propio, con las palabras con las que se ha construido

⁷Como ampliación teórica del taller como metodología se citan aquí tres artículos que son soporte de las ideas anteriormente expuestas: “Vygotsky, la zona de desarrollo y la colaboración entre pares: connotaciones para la práctica del aula”, Jonathan Tudge; “Una maestra cambia su punto de vista sobre la enseñanza interactiva de la comprensión”, Kathryn H. Au; “La zona de desarrollo próximo como base para la enseñanza”, Mariane Hedegaard; en: *Vygotsky y la educación, connotaciones y aplicaciones de la psicología sociohistórica en la educación* Luis C. Moll, compilador (1995)

la vida hasta este momento, con las memorias de infancia, con el cuerpo que asiste a esa experiencia. Dado que el “Taller” desarrolla un “aprendizaje activo entre pares”, y que así mismo, “posibilita la generación de un ambiente de práctica e interacción social en el que se anudan unos propósitos o intencionalidades formativas” (López, 2016); la propuesta de *experiencias de escritura* no propende por resultados cuantitativos, pues este taller se expande más allá de la hora de terminación de la sesión, y continúa en la experiencia personal del asistente. El objetivo principal es abrir caminos, no cerrarlos.

A continuación se describen tres experiencias de escritura que pueden realizarse con público escolar y universitario y que desde diferentes temas abordan preguntas que ponen en práctica algunas de las reflexiones que se han propuesto a lo largo de este texto; también se citan algunas lecturas, muchas de ellas literarias y una sugerencia de escritura. Cada taller cuenta con una estructura que por sí misma indica cada uno de los pasos que el tallerista, como coordinador y guía va proponiendo a los asistentes; en este caso el tallerista no estaría cobijado bajo la figura de “profesor” o “docente”, pues ésta ya plantea, al menos en el sentido institucional, una jerarquía de saber y de poder, como lo es la evaluación; el tallerista es aquí un acompañante que así mismo participa del taller, o sea, la transformación o al menos la invitación a ella también lo abarca como persona, pues el fundamento metodológico y pedagógico es el diálogo constante y activo: diálogo como logos que se comparte y descifra en comunidad. Ahora bien, esta estructura es una sugerencia de base que de acuerdo a las necesidades y especificidades culturales, sociales y humanas puede someterse a cambios y reformulaciones. Lo importante, eso sí, es que se conserve una coherencia del taller como un proceso en el que las actividades adquieren un sentido tanto en su inicio, su desarrollo y su final.

Experiencia 1: El verbo del hombre

El viento que susurra el origen

Objetivo: Reflexionar sobre las historias personales y cotidianas que, por medio de la escritura, se convierten en un *decir* propio.

1. Apertura

¿Cuál es el recuerdo más patente que tienes de la infancia?

¿Le darías un nombre a esa experiencia?

¿Cómo era la casa de tus primeros años de vida? ¿Había un lugar de esa casa que era tu preferido, cómo era? ¿Podrías darle un color a la experiencia de la infancia?

¿Cuál ha sido tu mayor logro o conquista hasta ahora?

¿Hay alguna palabra que no te atreves a pronunciar? ¿Tienen color esas palabras? ¿Hay relación entre las palabras y las cosas?

¿Hay una palabra que pueda aliviarte? ¿Sabes el significado etimológico⁸ de las palabras que has recordado, las que te gustan, las que no, las que no pronuncias?

2. Las voces de otros

Felicidad clandestina, Clarise Lispector

http://cms.univalle.edu.co/todosaaprender/anexos/placeres/felicidad_clandestina.pdf

⁸ Es necesario dar a conocer lo que estudia la etimología y de ser posible consultar el origen de las palabras que sean puestas en común. Se sugiere consultar el portal electrónico de la Real Academia Española de la Lengua <http://www.rae.es/>

La niña muerta, Gabrielle Roy

<http://docplayer.es/10344830-Cuentos-solidarios-seleccion-y-notas-elkin-obregon-s.html>

Un recuerdo navideño, Truman Capote

<https://www.yumpu.com/es/document/view/15581090/un-recuerdo-navideno-truman-capote>

Un puente hacia Terabithia, Katherine Paterson

<https://lenguaparaissoc.files.wordpress.com/2013/09/un-puente-hacia-terabithia.pdf>

La vida de mi padre, Raimond Carver

<https://canbatllo.files.wordpress.com/2011/06/carver-raymond-antologia.pdf>

Bartleby, el escribiente, Herman Melville

<http://www.biblioteca.org.ar/libros/153234.pdf>

La lavandera, Isaac Bashevis Singer

<https://www.yumpu.com/es/document/view/14497789/trabajo-confiar/9>

3. Mi trazo, mi escritura

Memoria de infancia: Para realizar este ejercicio, el tallerista o docente pide a los participantes socializar una anécdota que hayan vivido, preferiblemente de la infancia aunque puede ser de cualquier momento de la vida. Se debe resaltar que las anécdotas tienen muchos matices y algunas son tristes, otras producen una gran carcajada, unas son vergonzosas, las hay de valentía y de cobardía, como también las hay pícaras y de ambición y deseo erótico. Luego de que voluntariamente los participantes hayan narrado su historia, se procede a la escritura de dicha anécdota, la premisa es la libertad en cuanto al tiempo y la extensión de la misma, algunos irán más lento, otros escribirán media página, otros, quizá más de tres. Si bien se propone la escritura libre, se puede guiar el ejercicio con la siguiente estructura; ésta no debe ser evidente en el relato, pero intenta ser una guía interior para quien escribe:

- ¿Cuándo sucedió? Precisar el tiempo de la historia: año, mes, día, ¿fue en la mañana, en la tarde, en la noche? ¿Llovía? ¿Hacía calor, frío? ¿Estaba gris el día?
- ¿Dónde fue? Ubicar un lugar específico: una ciudad, un barrio, un parque, una calle, una casa, un cuerpo, un vehículo. Entre más sencillo sea el lenguaje es más cercano; por ejemplo, en lugar de decir, “ocurrió en un parque de mi ciudad”, podría decirse, “estábamos en el Parque de los Deseos”
- ¿Cómo ocurrió? Determinar la emoción recurrente en la anécdota: ¿rabia? ¿satisfacción? ¿dolor? ¿frustración? ¿vergüenza?
- ¿Quién cuenta la historia? Definir si la historia va a contarse en forma de recuerdo, es decir, desde el presente hacia el pasado; o si por el contrario va a situarse en el momento en que ésta ocurrió.

Experiencia 2: Los trazos del cuerpo

La tierra encarnada

Objetivo: Reflexionar sobre las posibilidades del propio cuerpo, en la cotidianidad y en relación a los otros.

1. Apertura

¿Es el cuerpo una posesión? ¿O, uno *es* el cuerpo?

¿Tiene el cuerpo identidad? ¿Memoria?

¿Hay alguna parte de tu cuerpo que quisieras cambiar?

¿Qué le añadirías a tu cuerpo?

¿Cómo sería vivir en otro cuerpo, tener otra voz, otra piel?

¿Qué significa la desnudez? ¿Quitarse la ropa? ¿Exhibir la piel a otros?

¿Cuál es la sensación corporal más extraña que has sentido?

Imagina que eres ciego, ¿cómo conocerías el cuerpo de los otros? ¿O que perdieras el sentido del tacto?

¿Con cuál sentimiento/palabra definirías la “belleza”, la “fealdad”?

¿Qué significa cuando decimos que una persona es muy bella, o que es muy fea? ¿A qué se refiere esta expresión?

¿Alguna vez has pensado o has visto cómo vivían en otras épocas, qué parte del cuerpo ocultaban o dejaban a la vista?

¿Qué piensas de la vestimenta, accesorios y estética de los indígenas?

2. Las voces de otros

Amor ciego, Rosa Montero

<https://alamordelalumbre.es/tl/Amor-Ciego--k1-Rosa-Montero-k2-.htm>

La noche de los feos, Mario Benedetti

http://red.ilce.edu.mx/sitios/old_el_otono/entrale/paquetecuento/pdf/lanochedelosfeos.pdf

Juul, Gregie de Maeyer & Koen Vanmechelen

<https://micolederiogordo.files.wordpress.com/2010/01/4016436-juul.pdf>

Cómo me convertí en monstruo, Jaime Jaramillo Escobar

<http://www.jaimejaramilloescobar.co/Los-poemas-de-la-ofensa/Como-me-converti-en-monstruo.html>

El extraño caso del doctor Jekyll y el señor Hyde, Robert Louis Stevenson

[http://fpaelmanantial.edu.gva.es/moodle2/pluginfile.php/404/mod_page/content/5/Robert_Louis_Stevenson - El extrano caso del Dr Jekyll y Mr Hyde.pdf](http://fpaelmanantial.edu.gva.es/moodle2/pluginfile.php/404/mod_page/content/5/Robert_Louis_Stevenson_-_El_extrano_caso_del_Dr_Jekyll_y_Mr_Hyde.pdf)

El retrato de Dorian Gray, Oscar Wilde

<http://bdigital.bnjm.cu/docs/libros/PROC2-2334/El%20Retrato%20de%20Dorian%20Gray.pdf>

3. Mi trazo, mi escritura

Creación de un perfil: Los perfiles, “mirada de costado” o “retrato” es un recurso de la escritura muy usado por periodistas, médicos, psicólogos, lo hacen las empresas con sus empleados y quienes se presentan para un trabajo. El objetivo principal de este ejercicio es nombrar los rasgos característicos de alguien. Dice Leila Gerriero, periodista argentina, que “un perfil es, por definición, la mirada de otro. Y esa mirada es siempre subjetiva, ésta no es una mirada cualquiera, es una mirada que cuenta, honestamente, lo que ve” (2009). En este sentido, se propone hacer un perfil a la manera que lo plantea Leila Gerriero: Mirar honestamente y escribir sobre alguien desde lo subjetivo, desde la mirada personal:

¿Qué me gusta de esa persona? ¿Qué no me gusta?

¿Qué representa para mí? ¿Qué sé de ella?

¿Me gusta como se viste? ¿Cómo es físicamente?

Ahora, imagina acompañando a esa persona a vivir un día de su vida como una presencia invisible y la vieras en la total intimidad de sus acciones ¿qué podrías decir al finalizar el acompañamiento? ¿La verías de la misma manera?

Experiencia 3: El sueño voluntario

Una brújula para el Camino

Objetivo: Recrear el “viaje” desde el recuerdo y la conversación, como experiencia para el pensamiento, la escritura y la imaginación.

1. Apertura:

¿Qué sentirías si descubrieras un lugar desconocido? ¿Cómo lo describirías a otros?

¿Es necesario desplazarse físicamente para viajar? O, ¿Hay otras maneras hay de viajar a un lugar? ¿Crees que hay otros mundos diferentes de este, en el que vivimos? ¿Están adentro o afuera de él, cómo son? ¿Son los sueños una especie de viaje?

¿A qué lugar viajarías en este preciso momento? ¿Qué ven tus ojos allí?

¿Irías a un viaje al que no puedas llevar equipaje? ¿Con quién irías?

¿Cómo sería tu viaje ideal? ¿Crees que hay algún viaje imposible?

¿Tienes alguna relación “especial” con algún lugar que hayas visitado? ¿Qué te une a él?

¿Hay alguna relación entre el pensar y el caminar?

Haz un inventario de lo que te llame la atención durante una caminata: objetos, personas, colores, sensaciones, ¿hay alguna extrañeza en lo cotidiano? ¿Hay alguna sencillez en lo extraordinario?

2. Las voces de otros:

Simbad el marino, Tradición “Las mil y una noches”

http://ww2.educarchile.cl/UserFiles/P0001/File/Simbad_el_Marino.pdf

Las aventuras de Alicia en el país de las maravillas, Lewis Carroll

<https://www.ucm.es/data/cont/docs/119-2014-02-19-Carroll.AliciaEnElPaisDeLasMaravillas.pdf>

Los viajes de Gulliver, Jonathan Swift

<http://www.uchile.cl/revistas/autor/swift/gulliver.pdf>

La historia interminable, Michael Ende

<http://www.interpeques2.com/historia/actividades/hi.pdf>

El paseo, Robert Walser

<https://proyectandoleyendo.files.wordpress.com/2010/08/el-paseo-robert-walser.pdf>

El brujo postergado, Jorge Luis Borges

<http://sites.middlebury.edu/span6560/files/2010/06/Borges-sobre-Conde-Lucanor.pdf>

3. Mi trazo, mi escritura:

Relato de viaje: Este ejercicio propone recordar un viaje que el participante haya hecho: no importa si fue muy largo o muy corto. Si fue al extranjero o dentro del mismo país, o incluso, si fue dentro de la misma ciudad. El propósito de este recuerdo es escoger un fragmento de ese viaje y contarlo desde tres perspectivas diferentes:

1. Desde la mirada de quien vivió el viaje
2. Desde la perspectiva de un acompañante
3. Desde lo que pudiera contar un extraño que observó la situación

¿Qué sucedió en ese momento? ¿Cómo era el lugar? ¿Recuerdas la fecha, el día, la hora?

¿Qué emociones hicieron parte de dicho recuerdo? ¿Viste algo que llamó tu atención?

El ejercicio anterior se dirige a la mirada del que viaja, se sugiere a continuación un viraje; del que viaja, en primera persona, al que recibe a alguien: ¿has recibido a un viajero? O, ¿lo has despedido? ¿Qué piensas de la hospitalidad? ¿Alguien venido de lejos ha cambiado tu vida? O, bien, desde la mirada del que aguarda: ¿has esperado a alguien que ha partido? ¿Cuánto has esperado o has estado dispuesto a esperar...? ¿Has querido partir? ¿Qué te ha detenido?

Referencias

- BARTHES, Roland (1997) *El grado cero de la escritura*, Ciudad de México: Siglo XXI
- BORGES, Jorge Luis (2015) *El aprendizaje del escritor*, Bogotá: Sudamericana
- _____ (2014) *El informe de Brodie*, Obras completas Vol. II, Bogotá: Emecé
- DURAS, Marguerite (2009) *Escribir*, Barcelona: Tusquets
- GADAMER, Hans-Georg (2003) *Verdad y Método*, Salamanca: Sígueme
- _____ (1998) *Arte y verdad de la palabra*, Barcelona: Paidós
- LARROSA, Jorge (2006) *Sobre la experiencia*, Medellín: Universidad de Antioquia, en: Revista Educación y Pedagogía
- LÓPEZ, Sonia (2016) Documento institucional: *Núcleo de formación institucional, Área de Comunicación y lenguaje. Cursos de Prácticas Textuales, Análisis Textual y Edición Textual*, Medellín: Universidad EAFIT
- PESSOA, Fernando (2014) *Libro del desasosiego*, Barcelona: Alianza
- MERLEAU-PONTY, Maurice (1964) *Signos*, Barcelona: Seix Barral
- PAZ, Octavio (1994) *El arco y la lira*, México: Fondo de Cultura Económica
- RICOEUR, Paul (1995) *La identidad narrativa*, en: Conferencia pronunciada en 1986 con motivo del doctorado *honoris causa* en teología en la Universidad de Neuchâtel (Suiza)
- _____ (1999) *Historia y Narratividad*, Barcelona: Paidós
- RIVEROS, Carlos Gaitán et al (2010) *Orientaciones pedagógicas para la enseñanza de la filosofía en la Educación Media*, Bogotá: Ministerio de Educación Nacional. (p.34-36)
- TATARKIEWICZ, Wladislaw, (1997) *Historia de seis ideas*, Madrid: Tecnos (Capítulo 11: La experiencia estética: historia del concepto 347-386p.)
- THOREAU, H. D. (2009). *La desobediencia civil y otros textos*. Buenos Aires, Utopía Libertaria.
- VARGAS GUILLÉN, Germán (2016) *El deseo y la formación*. Manizales: Universidad Católica de Manizales, editorial Aula

Bibliografía

- BATAILLE, George (1986) *La experiencia interior*, Madrid: Tecnos
- BORGES, Jorge Luis (2001) *Arte Poética*, Barcelona: Crítica
- GADAMER, H.G., (2006) *Estética y Hermenéutica*, Madrid: Tecnos
- MÉLICH, Joan-Carles (2001) “La palabra múltiple. Por una educación (po)ética”, en: *Habitantes de Babel: Políticas y poéticas de la diferencia*, Barcelona: Laertes
- NIETO, Judith (2016) *Todo enfermo es un hombre*, Bucaramanga: Universidad Industrial de Santander. (Capítulo 1: La experiencia 30-64p.)
- PICHÉ, Claude (1987) *Experiencia estética y hermenéutica literaria*, Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, en: *Revista Ideas y Valores*
- TATARKIEWICZ, Wladislaw, (1997) *Historia de seis ideas*, Madrid: Tecnos (Capítulo 8: La creatividad: historia del concepto 279-300p.)
- ZAMBRANO, María (2001) *Filosofía y poesía*, México: Fondo de Cultura Económica (Capítulo 5: Poesía 101-116p.).

Agradecimientos

Agradezco profundamente a la *Universidad Católica Luis Amigó*, por acogerme como estudiante de la Licenciatura en Filosofía y permitirme materializar con este trabajo de grado, lo reflexionado durante estos años de pregrado, así como a los profesores de la facultad que han hecho parte de este aprendizaje.

A mi profesor y director de Trabajo de Grado, *Santiago Vallejo Villa*, por su acompañamiento y generosidad durante este proceso académico.

A *Juan Manuel Cuartas Restrepo*, por iluminarme en este camino de la escritura y mostrarme que el horizonte no está lejos, sino que es cercano.

A *Elkin Obregón Sanín*, por la casa donde nacieron estos trazos. Por darme su palabra amorosa y oportuna, siempre.

A *María Patricia Montoya Sierra*, por la presencia, la escucha y la hermandad.

Finalmente, quiero agradecer a *Felipe Restrepo David*, por todo lo que ha representado en la gestación y composición de “La escritura cercana”, por eso, quiero dedicarle, una vez más, mi escritura.